

de Verdi *Ritorna vincitor*: el muy distinguido violinista mexicano Jacobo García Sagredo se hizo aplaudir en un difícil concierto: Antonia Ochoa cantó el aria del *Sauce* y el *Ave Maria* del *Otello* de Verdi, y D. Alfonso García Abello el prólogo de *Los Payasos*, de Leoncavallo: siguió un quinteto de Schumann y el concierto concluyó con un dúo del *Hamlet*, de Ambrosio Thomas, cantado por la Sra. Ochoa de Miranda y el Sr. García Abello. De los números encomendados á los principales artistas dijo un periódico lo siguiente:

“Terminado ese número se presentó al público la Sra. Ochoa de Miranda. Revelábase en todos los semblantes ansiosa expectativa, y fué recibida de la manera más entusiasta y cariñosa. Vestía la joven diva hermoso y rico traje de seda negra cubierto de blonda, con adorno rosa pálido, y estaba más linda que nunca. Cantó la gran aria de *Aida: Ritorna vincitor*, y desde luego notamos que su voz era más pura, más vibrante, más dulce que cuando se presentó la Sra. Ochoa en la escena del Nacional. Nótase en esta vez una educación perfecta, que le presta gran lucimiento, de suerte que se duda si es la Sra. Ochoa una soprano ligera que sabe sacar gran partido de sus aptitudes, ó una soprano dramática. Después del aria citada fué llamada dos veces á la escena, escuchando ¡bravos! y aplausos á granel. Tocó su turno al Sr. D. Jacobo Sagredo, quien ejecutó con corrección un trozo de concierto para violín, y terminado volvió á presentarse la Sra. Ochoa, que, acompañada en el armónium por el distinguido maestro Sr. Meneses y en el piano por el Sr. Ogazón, cantó la delicadísima aria del *Sauce* y *Ave Maria* de *Otello*. No supimos qué admirar más en ese delicioso número: si las delicadezas de voz de la Sra. Ochoa, sus suavísimas modulaciones, sus brillantes torneos en el registro agudo, ó la perfectísima, la magistral ejecución del Sr. Meneses en el bellísimo acompañamiento de la afiligranada aria. Nunca como anoche sentí deseos de decirle Maestro, dando á esta palabra toda su augusta acepción. Con tal número terminó la primera parte de la audición, y pasados quince minutos de espera, el Sr. D. Alfonso García de Abello cantó el hermoso prólogo de *Los Payasos*. El Sr. García de Abello tiene una excelente voz de barítono, que ha lucido ya en los salones y en algunos de nuestros templos. La emisión es correcta y fué muy aplaudido. Para terminar, la Sra. Ochoa y el Sr. García de Abello, cantaron el dúo del *Hamlet*, de Thomas, de ese *Hamlet* convencionalísimo que se desata en ternezas, y lo cantaron como era de esperarse.”

## CAPITULO VIII

1895.

Quien al notar lo que hemos avanzado en fechas al final del capítulo precedente, vea ahora que retrocedemos á la del sábado 15 de Junio, estreno de la Compañía de Zarzuela *La Aurora Infantil*, podrá suponer y supondrá bien, que se nos resiste el tratar de este asunto. Grande número de capítulos y de páginas median entre ésta que hoy escribimos y otra en que apuntamos nuestro modo de pensar acerca de indignas explotaciones de la niñez por especuladores ó empresarios de ancha manga. Quien haya penetrado en un foro servido por niños y visto á las miserables criaturas trabajar sin espontaneidad y sin entusiasmo, por obediencia ó por miedo, ajustándose con irreprimible malhumor á las órdenes de quien los dirige, no como un padre y ni siquiera como un maestro, sino como un capataz á sus peones, un cabo de vara á sus reclutas, ó un negrero á sus esclavos: quien en una de esas funciones y en horas avanzadas de la noche haya visto á uno de esos niños—actores caer vencido por el cansancio y el sueño sobre un sofá, sobre una silla, sobre el piso inmundo del escenario, y al traspunte, acercarse á la criatura para darle *su salida*, despertándola con ordinarias frases y bruscos empujones y á golpes y puntapiés, redoblados con insigne crueldad si el pequeño cómico responde con enojo ó suelta las lágrimas cuando su papel le exige presentarse gozoso y risueño ó gravemente serio: si ha tenido el disgusto de observar que el director y el empresario en vez de poner semblante grato á esos niños que trabajan para darle de comer, los mira con desprecio y odio brutales como el vulgar carretonero ve á la fatigada mula, rebelde asno ó maltrecho caballo, que en mitad de un camino se rinden del exceso de la carga; si ha sorprendido á esos miserables capataces y negreros de escenario, dando toques con inmunda brocha empapada en yodo, en las gargantas de sus pequeños cantantes, para cortar ó disimular su ronquera, y limitarles el alimento ó imponerles riguroso ayuno para mantenerlos listos y en buena voz en una función de estreno: si todo esto ha visto alguno de los lectores de estas páginas, comprenderá nuestra repugnancia para tratar de compañías infantiles, porque todo cuanto en nosotros hay de noble y de honrado, de caballeroso y digno, de humanitario y piadoso, se subleva, se indig-



na y se levanta contra tan bárbara y repugnante explotación. Pobres criaturas arrancadas muchas de ellas de mal administrados hospicios, de viciosos hogares ó de antros de prostitución; vendidas ó alquiladas otras por una abuela imbécil, una rencorosa madrastra ó un padre ignorante y ebrio; privadas todas del amor que santifica, de la escuela que ilustra, del ejemplo que fortalece, del recreo que anima y hasta de la esperanza de un porvenir y de la creencia en la bondad humana. Ved aquellas á quienes falta una mala madre ó un pariente cualquiera que por egoísmo las acompañe para que una quiebra, ó imprevista ó simulada, no les arrebatase el sueldo del pequeñuelo ó pequeñuela; ved, repito, á aquellas criaturas que viajan confiadas al empresario, dormir hacinadas en inmundos y duros lechos alineados en incómoda pieza á guisa de hospital; devorando en mesa volante y aun sin mantel una comida á modo de rancho, mal dispuesta y mal condimentada; vistiendo sucia ropa blanca y ordinarios lienzos y paños, todo desgarrado y hecho girones y andrajos, porque los niños rompen y ensucian mucho y el ansia de utilidades no permite pagar muy á menudo ni lavanderas que aseén, ni costureras que remienden, ni sastres que cosan nuevo. Ved á esos pobrecitos dejando ir tristes sus ojos tras el gracioso juguete, la incitante fruta, el sabroso dulce, sin que haya quien se los proporcione, porque esos contentamientos de infantiles caprichos no puede proporcionárselos quien no se siente obligado á ello por el cariño. Vedlos contrayendo todas las malas pasiones de los cómicos de profesión, porque el empresario y el director pican su amor propio para que se hagan aplaudir estos más que aquellos, y despiertan en todos la envidia y el aborrecimiento al que más luce; y para que finjan bien en la escena sus papeles, les desnudan y despojan de toda inocencia y de todo pudor y les ponen al tanto de todos los vicios, de todos los delitos, de todos los crímenes, de todas las perversiones, de todas las inmundicias, que para corregirlas, censurarlas ó simplemente exponerlas, son llevadas al teatro por los autores llamados naturalistas ó realistas. Ved, por último, como en esta obra de corrupción de menores ayudan la mayoría de habituales entrantes y salientes de escenarios, jóvenes pervertidos y viejos inmorales, que van allí á *ilustrarse* en el modo de efectuar conquistas fáciles, ó á despertar gastadas energías. Ved todo esto que tan sólo apunto y medrosamente por no convertir estas páginas en un tratado de inmoralidad; ved todo esto, presumid ó adivinad lo mucho que callo, y convenid en que no es ocupación agradable escribir acerca de compañías infantiles, por más que la de más allá, ó aquella, ó ésta, se os presenten como la excepción de la regla y como ejemplo, modelo y dechado de una especulación legal y honrada.

La Compañía Infantil de que vamos á tratar, fué duramente atacada por el órgano periodístico de la *Agencia Teatral y Artística Me-*

*xicana* fundada por nuestro amigo Inocencio Arriola, que condenó esa explotación de niños, apoyándose en razones más ó menos semejantes á las aquí apuntadas; por medio de una demanda ó acusación ante un Tribunal de Justicia, el Empresario de la dicha Compañía, procuró convencerle de que en su cuadro de pequeños actores y cantantes, todos eran unos pequeños santos y él un casi amoroso padre, pues como á hijos trataba á sus pensionistas y les procuraba todo bien y todo provecho. Demos por cierto que así sería y hagamos tan honrosa excepción en favor del Empresario susodicho que lo fué D. José A. Jiménez. *El Correo Español*, periódico de la colonia de esa nación en Mexico, dijo de ese Empresario: "El Sr. Jiménez es castellano, de Ciudad Real; posee bellissimo carácter y no es solamente celoso director de la Compañía Infantil; además, ejecuta con los niños el oficio de padre. El y su señora esposa cuidan de los precoces artistas con verdadero empeño, pudiendo asegurarse que éstos no han perdido nada con abandonar temporalmente el hogar materno, y así pagan con cariño y confianza sus desvelos . . . El Sr. Jiménez es ya veterano en el arte: su nombre ha figurado en muchísimos carteles, al lado de verdaderas estrellas del arte. Ahora se ha dedicado á emplear todo su saber y su experiencia en la formación de nuevos artistas. Sólo la tenacidad y la inteligencia del Sr. Jiménez, son capaces de haber formado una Compañía de pequeños artistas, tan detallada y completa."

Hé aquí su prospecto: "Circo Teatro Orrin.—Temporada de 1895.—Compañía de Zarzuela, *La Aurora Infantil*.—Dirigida por el primer actor D. José A. Jiménez.—*Elenco*: *Tiple absoluta*, Manuela Sillés, de *once años*; *Segundas triples*, Dolores González, *diez años*; Eugenia Wible, *diez años*; *Tiplecitas cómicas*, Consuelo López, *ocho años*; Blanca Jiménez, *cinco años*; *Tiples características*, Teresa Herrero, *once años*; Rosa Biosca, *trece años*. *Partiquinas*, Emilia Alba, *cuatro años*; Clotilde Arias, *cinco años*; Eloisa Arias, *nueve años*, Dolores Arias, *ocho años*, María Mora, *diez años*, Caridad Hernández, *doce años*, Juana Ventura, *diez años*, Amelia Vicente, *nueve años*, Enriqueta Mora, *cinco años*, Teresa Vicente, *nueve años*; *Primeros tenores*, Rafael Palop, *nueve años*, Damián Rojo, *once años*; *Primer barítono*, Argimiro Valdivieso, *catorce años*; *Tenores cómicos*, José Jiménez, *ocho años*; Romualdo Tirado, *nueve años*; *Actor genérico*, Vicente Sánchez, *once años*; *Primer bajo*, David Valdivieso, *trece años*; *Segundo barítono*, Ginés Hernández, *once años*; *para papeles especiales*, Aquiles Jiménez, *cuatro años*. *Partiquinos*, Francisco Poblet, *diez años*, Alfonso Oya, *diez años*, Enrique Mora, *nueve años*, Romualdo Tirado, *nueve años*. Veinticuatro pequeños coristas de ambos sexos.—*Precios eventuales*: Palcos con seis entradas, *siete pesos cincuenta centavos*; Luneta de preferencia, *un peso veinticinco centavos*; Luneta numerada, *un peso*; Entrada á gradas



de Oriente, *cincuenta centavos*; de Poniente, *cuarenta centavos*; Asiento numerado en gradas, *diez centavos*.—Orquesta de treinta profesores del Conservatorio Nacional, dirigida por Rafael Gascón, profesor aragonés, natural de Zaragoza, y de edad de veintidós años.”

La Compañía Infantil dió su primera función con la zarzuela de Ramos Carrión y Vital Aza, *El Rey que rabió*, la noche del sábado 15 de Junio. Repitió esta obra el Domingo 16, en la noche, dando en la tarde las tres zarzuelas en un acto, *Las campanadas*, *Ya somos tres*, y *Chateau Margaux*. En noches siguientes y con pocos descansos los pequeños artistas cantaron: *Marina*, *Los aparecidos*, *Niña Pancha*, *Torear por lo fino*, *El gorro frigio*, *El chaleco Blanco*, *Cádiz*, *El dúo de la Africana*, *El monaguillo*, *Como está la Sociedad*, *La gran vía*, *Los Africanistas*, *La verbena de la Paloma*, *El húsar*, *Certamen nacional*, y algunas otras con más numerosas repeticiones, durante el primer mes de temporada. En todas estas obras los aplausos alcanzados fueron muchos, sobre todo en *El Rey que rabió*, que fué encontrado sublime y se prestó mucho al lucimiento de los coros, haciendo mucha gracia según *El Nacional* “un niño que apenas podía hablar y gritaba, abajo el gobiernol! y viva el señol alcalde!” A continuación de esto y después de entusiastas elogios, el mismo cronista de ese periódico exclamaba así:

“Y sin embargo de todo esto, el corazón se oprime al considerar que esos pobres niños deben trabajar muy rudamente para desempeñar esas obras de la manera como lo hacen. En esa edad en que únicamente se piensa en cielos azules, en que se presenta la vida exenta de dolores y penas y tras de un velo color de rosa, en esa edad, se les obliga á dejar los juegos infantiles, la travesura y el movimiento propios de la niñez para hacer de ellos unas personitas serias, formales, y maliciosas é intencionadas para dar realce á la mayor parte de esas zarzuelillas que no descuellan mucho por lo moral. Porque en efecto, una frase dicha sin intención en una zarzuela, resulta insípida, y si así la dijieran los artistas pequeñuelos de la Compañía Infantil, le quitarían todo su ser, y la obra no resaltaría; pero esas frases las pronuncian con gran malicia y mucha intención, y entonces se experimenta algo como un sentimiento de tristeza, al oír en aquellos labios infantiles palabras que aun en la zarzuela *formal* muchas veces repugnan . . . . . ¡Pobres criaturas! . . . . . Pero veo que me estoy poniendo tierno y cierro el pico, porque si no me van á decir que para misionero no tengo igual. Id, id á ver á la Compañía Infantil, lectores, y ya veréis cómo aplaudís á los diminutos artistas, y á la vez . . . . . los compadecéis.”

Enteramente conformes con esta opinión del cronista de *El Nacional*, como él decimos que aquél espectáculo producía lástima y cólera. Sí: la piedad y la ira más irreprimibles embargaban el ánimo de

la generalidad de los espectadores al ver á aquellas miserables criaturas recitando no lo que sentían ni podían sentir sino lo que se les había enseñado, y con todos los defectos del amaneramiento de la imitación, ó mejor que imitación copia servil é inconsciente, y cantando con vocecitas pequeñas, débiles, fatigadas y forzadas, trozos superiores á su posibilidad para interpretarlos. No: aquello no era ni mucho menos artístico en la genuina expresión de la palabra: aquello era ni más ni menos un espectáculo como el que ofrecen los colegios en día de premios, ó los teatritos de sala en la fiesta del santo de los padres de los niños consentidos. Pero estas caricaturas ó parodias escolares ó familiares no perjudican á los pequeños cantantes y actores, mientras que llevadas á un teatro y una escena y función de paga, significan una especulación cruel é indebida, y un exceso de trabajo, de fatiga, y aun de martirio para los niños actores. Pero aun sin tomarlo por este lado sentimental ó simplemente humanitario, ¿qué ilusión ni belleza artística pueden resultar de un cuadro como aquel, en que la diferencia de las edades y de los crecimientos infantiles marcaba ridículas diferencias de estatura entre una *triple* de ocho años y un *baritono* de catorce, y el conjunto semejaba esos perfiles que en los mapas geográficos presentan comparadas las alturas de las montañas y volcanes del globo? ¿Qué oído no se sentía lastimado con aquellas vocecitas, unas tipludas por salir de labios casi en leche todavía, otras duras y desentonadas como lo son las de esa edad en que la naturaleza se prepara á hacer pasar al niño de la infancia á la juventud? Pero ¿á qué seguir marcando defectos é impropiedades de un cuadro de niños, obligados á interpretar obras escritas para actores y actrices de años y experiencia bastantes para causar el efecto previsto por los autores dramáticos? El espectáculo merecía, no obstante, ser visto, y aun resultaba agradable para tres ó cuatro veces á lo sumo. El periódico *El Nacional*, que fué de los más entusiastas para con esa compañía, haciendo la revista del beneficio de Manolita Sillés verificado el 1.º de Agosto, no pudo dejar de decir: “El monólogo *Casada por poder* fué representado por Manolita muy bien para su edad; no se puede exigir más á una niña, tanto menos cuanto que el citado monólogo es muy dramático, y sólo una actriz consumada hubiera podido sacar partido de él.” En ese *beneficio* se presentaron las niñas mexicanas Soledad Abaunza y Concha y Soledad Vivanco á cantar, en obsequio á la agraciada, el vals de Meneses, *Un sueño en el Pacífico* y un dúo de *El Juramento*. Por lo general las obras puestas en escena por la Aurora Infantil, estuvieron bien presentadas y propiamente vestidas.

En combinación con aquel cuadro de pequeñuelos, dióse en Orrin, la noche del 8 de Agosto, una función mixta en que, entre las zarzuelas *Los africanistas* y *Certamen Nacional*, cantaron varias piezas de



concierto la soprano cubana Eloisa Ventana, el tenor Valentín Vantí y el conocido barítono de zarzuela José Palou. El último había llegado poco tiempo antes á México, donde es muy apreciado, y formó parte algunos días del cuadro de los hermanos Arcaraz en Arbeu. La soprano Ventana no agradó; Palou fué muy bien recibido en la romanza *La mia bandiera*, y causó furor, entre la multitud afecta á las voces estruendosas, el tenor Vantí que cantó la cabaletta famosa *Madre infelice*, del *Trovador*, con sus indispensables *do de pecho*: díjose que Vantí había sido un simple soldado del ejército español de guarnición en la Isla de Cuba, en la cual le conoció Palou y le dió algunas lecciones para que pudiese lucir su voz robusta, sonora y de grandes volumen y extensión: con estas cualidades, fué, repito, colosalmente aplaudido, sin que nadie se fijase en sus absolutas faltas de escuela y de seguridad en las tablas: en la serenata del primer acto de la misma nombrada ópera de Verdi, no gustó el improvisado concertista. Su primer maestro Palou cantó la guaracha cubana *Mi rumbarita*, con Eloisa Ventana, que no quedó en esa piececilla tan mal como en el rondó de *Lucía*.

Mientras todo esto acontecía, los hermanos Arcaraz continuaron viento en popa en Arbeu, con un cuadro de zarzuela de que diferentes veces he hablado. En la primera quincena de Julio, facilitaron su teatro y sus elementos al representante de varias empresas escénicas, Felipe Sandoval, quien dispuso en su propio beneficio una variada función en la que la compañía infantil cantó el *Dúo de la Africana*; la de los Arcaraz, *Los africanistas*; la Goyzueta, el aria de las joyas de *Fausto*, y la Compañía de Opera popular mexicana el tercer acto de *Hernani*; el espectáculo monstruo terminó con la zarzuela *Niña Pancha*, por la celebradísima Fernanda Rusquella. En 16 del citado Julio, el tenor español Sotorra, que había pertenecido á la Compañía de Opera popular venida de Barcelona y acababa de reforzar la de los hermanos Arcaraz, cantó en Arbeu *Marina*, quedando muy bien en la parte de canto y medianamente en la de declamación: le pasó lo mismo en la traducción y arreglo de *Cavallería rusticana* y de *Rigoletto*, dejando muchísimo á desear el resto de la compañía de zarzuela, pues cuadros como aquel no han podido ni pueden aún cantar obras como ellas, indignamente llevadas al repertorio zarzuelero. El 10 de Agosto, á la vez que la Compañía Infantil revivía en Orrin la zarzuelilla *El mismo demonio*, estrenaba Arbeu *La Menegulda ó Agencia de cradas*, indecente obra española llena de sucios chistes, que tuvo muy mal éxito.

Para presenciar espectáculos más cultos y artísticos que todo esto, el público pudo en esos días concurrir al beneficio que en Arbeu se procuró la notable artista mexicana Srita. Dorotea Hagelstein, quien con sus compañeros y socios de la Opera popular, la Srita. Zepeda y

los Sres. Guichenné, Solares y Sánchez de Lara, cantaron dos actos de *Un Ballo in Maschera* y el último de *Favorita*, alcanzando nutridos y justos aplausos: para esa función de beneficio estuvo anunciado que el tenor mexicano D. Miguel Lelo de Larrea cantaría una romanza de *Aida*; pero según se dijo, á última hora se enfermó el estimable aficionado, y hubo que suprimir el número, sustituyéndose con el dúo del primer acto de *Un Ballo in Maschera* por la Zepeda y Solares, y con la romanza para barítono de la misma obra, pieza en que el citado Alfredo Solares consiguió entusiasmar al público como cuantas veces se ha hecho oír en ella. No obtuvieron ciertamente éxito parecido el tenor Valentín Vantí y el barítono José Palou en un segundo concierto dado el 15 de Agosto en el Circo Teatro de la Plazuela de Villamil, en combinación con los pequeños artistas infantiles de la *Aurora*: representaron éstos las zarzuelillas *Certamen Nacional* y *Chateau Margaux* y entre una y otra, Valentín Vantí cantó la barcarola de *Marina* "Al ver en la inmensa llanura del mar..." y la romanza *Una vírgine*. Palou se hizo oír en una romanza que delicadamente acompañaron el Sr. Amaya en el violín y el Sr. Arzós en el piano, y en otra pieza *Angelo casto é bel*. Después, Vantí y Palou cantaron la guaracha *Mi rumbarita*. No hizo Vantí el efecto que en su primera presentación, y acerca de ello dijo su compatriota el cronista de *El Correo Español*:

"Verificóse el jueves en el Circo Orrin el segundo concierto por los Sres. Palou y Vantí. Parece ser que este último estaba ronco: sea de ello lo que quiera, el público le recibió con bastante guasa, á lo que no contribuyó poco la malísima pronunciación del referido cantante. El de antenoche será, por ahora, su último concierto, de lo cual no creo que se entristezca nadie."

El más notable suceso de esos días en espectáculos de zarzuela fué el de la centésima representación de *La Verbena de la Paloma*: con gran solicitud habían venido preparándolo los hermanos Arcaraz, prometiéndose un buen producto de la entrada á esa función. Pero he ahí que *El Correo Español*, de mucho tiempo atrás en guerra abierta con los hermanos empresarios sus paisanos, les buscó lo que en México se llama un *gregorito*, diciendo en el número del 25 de Julio: "Nosotros creemos que la mejor manera de solemnizar ese acontecimiento teatral, sería *cediendo el producto de esa función* á los autores de la obra, D. Tomás Bretón y D. Ricardo de la Vega. Nos fundamos, primero, en que es costumbre en casi todas las empresas en España, á pesar de que allí cobran derechos los autores: segundo, en que habiendo producido un dineral á los Sres. Arcaraz, bien pueden ceder esa función á los autores, que no han percibido ni un céntimo en las cien representaciones, ni lo percibirán en las subsiguientes: tercero, en que no siendo pobre la Empresa de Arbeu, no sería perjudicada en sus